

Empero hay que reconocer que de su atolondramiento tuvo la culpa la reina Hortensia, que tal vez era la persona más impaciente y más ambiciosa de la familia.

De los dos hijos de la reina Hortensia, el mayor estaba del todo dispuesto á representar el papel de pretendiente, y ya que esto no le fuera posible en Francia, los italianos podían contar con él para la restauración del reinado de Italia.

Carlos Luis Napoleon era ahora el candidato del modenés *Ciro Menotti*, quien con tal de sacudir el yugo extranjero, ó la presión austriaca, no reparaba en los personajes de quienes hacía el porta-estandarte de la patria; el mejor era para él el que podía dar el grito de libertad. Descartado el duque de Módena, Carlos Luis Napoleon no era mal candidato, y sobre todo *Menotti* y *Mislai* se habían comprometido demasiado con su duque para que no se creyeran perdidos desde el momento que éste rehusaba ser el restaurador de la libertad italiana; los dos patriotas modenés no podían dudar un momento de que el duque sacudiría, en ocasión oportuna para él, su ardiente constitucionalismo.

Puestos de acuerdo los patriotas y los príncipes, *Menotti* fijó el movimiento de Módena para el 5 de Febrero, señalando igualmente este día al abogado *Canuti* para el levantamiento de Bolonia, pero como el duque de Módena vigilaba de cerca á sus exaltados súbditos y antes ardientes partidarios suyos, iba segándoles la yerba por donde pasaban lo cual dió por resultado que se adelantara un día la insurrección de Módena. Pero como la policía estaba sobre la pista, el día en que debía darse el golpe, el duque hizo cercar la casa de *Menotti* con fuerza de infantería y caballería, y el patriota modenés y quince compañeros suyos que esperaban que el coronel *Maranovi* con su partida se presentara para lanzarse á la calle, tuvo que rendirse tras un corto sitio de su casa.

Tan cierto estaba el duque de Módena de haber dominado la situación, que al dar cuenta de lo ocurrido en la capital al gobernador de Reggio, le pedía que le enviara el verdugo. Pero la agonía de sus víctimas la prolongó el levantamiento del país que le obligó á escapar con ellas á Mantua en donde los austriacos le dieron sus calabozos para guardárselas. De Mantua pasó el duque á Viena para que los austriacos hicieran algo más que guardarle las víctimas de su venganza, esto es, para que le devolvieran su trono ducal,—8 de Febrero de 1831.

En Bolonia el movimiento se había igualmente adelantado, y como el prolegado monseñor *Clarelli*

no era hombre para entenderse con revolucionarios, se dejó convencer por éstos sobre la conveniencia de reunir una junta de notables,—4 de Febrero,—y obedeciendo luego los consejos del marqués *Bevilacqua Ariosti* y del profesor *Orioli*, consintió en la organización de la milicia nacional y en el nombramiento de un gobierno provisional.

Este gobierno lo formaban el oidor *Bevilacqua*, los tres condes *Pepoli*, *Azucchi* y *Bianchetti*, el profesor *Orioli*, el abogado *Vicini*, que tres años antes había sido encerrado por ocho días en un convento por orden de la Inquisición por haber defendido á los judíos, y dos abogados más.

Toda la Rumanía siguió el ejemplo de la capital y no se derramó una gota de sangre, cuando tanta se había derramado durante el reinado del papa León que acababa de fallecer, y á quien sucedía ahora *Cappellari* elegido con el nombre de Gregorio XVI,—2 de Febrero.

Tan grande fué la explosión del entusiasmo popular que el movimiento no encontraba resistencia en parte alguna, ni aun en el Veneto, pues lo mismo en Ferrara que en Comacchio el pueblo hizo su revolución, retirándose las tropas austriacas á las ciudades de dichas ciudades. En Módena se puso al frente del gobierno al abogado *Vardi*, y cuando Reggio se hubo adherido al movimiento, el general *Zucchi*, hombre de grande y merecida reputación, capaz de organizar ó reorganizar el ejército italiano, fué puesto al frente de las tropas sublevadas.

En Parma el movimiento tuvo lugar el día 13 de Febrero, retirándose la ex-emperatriz *Maria Luisa* á Plasencia, constituyéndose el gobierno provisional bajo la presidencia de *Linati*.

No tuvo en Roma tanta fortuna el movimiento que debía estallar el primer día de Carnaval,—12 de Febrero,—por haberse enterado de él la policía que puso presos á los principales jefes, y como la reina Hortensia lo esperaba para darle su nombre caso que se lo pidieran, salió en vista del fracaso para Florencia, en donde creía encontrar á sus hijos; pero éstos habían salido para el teatro de la revolución dejándole una carta en la que Luis Napoleon el hijo menor le decía que, no pudiendo desoir la voz del pueblo que le llamaba, marchaba sin recursos de ninguna clase á compartir su suerte, lo cual le pareció á la ambiciosa madre, un colmo de energía y de napoleonismo.

En efecto; en Bolonia las tropas estaban mandadas por jefes bonapartistas y bonapartistas eran los generales que las mandaban, *Sercognani*, que hacía poco había recibido de la reina Hortensia un

precioso caballo con rico arnés, y bonapartista era el ministro de la Guerra, general *Armandi*, que había sido ayo del príncipe Luis Napoleon.

Bien dirigido el movimiento de Bolonia, el general *Sercognani* fué favoreciendo el pronunciamiento de las demás ciudades de los Estados pontificios hasta el punto de que sólo Roma y Civitavecchia le quedaban al nuevo Papa, de todos los papas, el menos dispuesto y apto para detener el movimiento revolucionario.

Con *Sercognani* marchaban los dos hijos de la reina Hortensia, Carlos y Luis Napoleon, y éstos empujaban para llegar á Roma, en donde esperaban encontrar ocasión para dar su nombre al movimiento, pues en Bolonia no se quería que *Sercognani* pasase de Civita Castellana, que se respetara á Roma, pues los liberales boloñeses se hacían la ilusión de creer, ellos que acababan de abolir el poder temporal de los papas, que los papas podrían acomodarse fácilmente á ser no más que los primeros obispos de la cristiandad.

Por otra parte, en Bolonia los liberales se hacían la ilusión de que no habían de dar motivo á Austria para intervenir, de modo que cuando Austria sabía que Francia no apoyaría el movimiento italiano por lo que tenía de bonapartista, como lo acababa de demostrar poniendo preso en Marsella al general *Pepe* á pesar de marchar protegido por Lafayette y con el dinero de Lamarque, se creía en Bolonia que Austria dejaría que cayera el gobierno de los papas, del clericalismo que era el principal agente de su dominación en Italia.

Pero si como hemos dicho, el nuevo Gregorio no tenía de Gregorio más que el nombre, supo, este Papa bonachón, vividor y alegre, entregar el gobierno político al cardenal *Bernetti*, un hombre de acción notable. *Bernetti* había detenido á *Sercognani*, abriendo con él negociaciones para que los príncipes bonapartistas abandonaran las tropas de su mando, mientras enviaba á Bolonia al cardenal *Benvenuti* con amplias instrucciones para que pudiera maniobrar según las circunstancias.

Detener una revolución en el momento en que se inicia, es convertirla en una mera sublevación. *Sercognani*, obligado á retroceder era un hombre perdido, su prestigio se desvanecía y otros prestigios iban á sucederle.

Al llegar á Rieti las tropas, cansadas y descontentas, se vieron acogidas con la más tierna solicitud por su obispo, por el obispo que mayores prestigios ha gozado en el mundo, esto es, por el hombre más seductor que ha conocido la tierra, por

*Juan Maria Mastai-Ferretti* (Pío IX), que se hizo suya la tropa hasta el punto de hacerles soltar las armas. Así terminó la expedición de *Sercognani* y la de los príncipes que escaparon á Ancona, en donde á poco murió el mayor, el príncipe Carlos, de un ataque de viruelas. Luis Napoleon, el más osado y atrevido de los dos hijos de la reina Hortensia, era el heredero de la familia.

Secundaba *Mastai-Ferretti* admirablemente sin saberlo al cardenal *Benvenuti*, que había sido reducido á prisión al llegar á Bolonia. El cardenal no por esto se mostró resentido y enojado, antes al contrario, pretextando no ver en su detención más que un acaloramiento de los primeros momentos, principió á trabajar á los más tímidos liberales pronosticándoles desgracias si no se sometían al Papa, á quien debían suplicar aquellas reformas y libertades que estimaran indispensables. Con esta hábil actitud, el legado conseguía que la Revolución italiana se detuviera delante del Papa respetuosamente después de haberle destronado, obligando á los príncipes napoleónicos á abandonar el servicio á primeros de Marzo.

Quedaba, pues, la Revolución de la Italia Central paralizada, aislada y rodeada de enemigos. En Toscana, el movimiento quedó inutilizado por la hábil conducta de la policía que impidió á *Libri*, que había salido de París para capitanearlo, que se pudiera presentar en el Teatro de la Pórgola, en donde debía darse el grito.

En Piamonte, la conspiración tenía á su frente á los hermanos *Durando*, á *Brofferio* y al médico *Anfossi*, quienes al frente de la asociación liberal que habían formado, se atrevieron á dirigir una petición á Carlos Félix, pidiéndole una Constitución, no sin amenazarle con la revolución, que llamaban «la religión de los pueblos maltratados,» si la negaba.

Carlos-Félix no se alteró por esto, siguió como siempre su política, es decir, continuó con un ojo puesto en los liberales y con otro ojo puesto en los austriacos, quienes deseaban ocupar la provincia de Novara y Alejandría. Seguro Carlos Félix de que por parte de Francia no había de pasarle nada, puso preso á *Brofferio*, *Bersani* y otros escaparon como pudieron.

En Nápoles, la Revolución creía contar con el mismo rey. Bastó que Fernando II fuera un mejor príncipe que su padre Francisco II, que hubiese demostrado una cierta capacidad administrativa y una cierta tolerancia política para que se le creyera animado de sentimientos constitucionales, y esto lo mismo se creía en el interior que en el exterior.



Intonti creía que podría ser su gran ministro constitucional, Luis Felipe no dudaba que lo atraería á su política.

Metternich mismo llegó á dudar y le envió para mantenerlo en los buenos principios al conde Lebzeltern. No necesitaba de sus consejos y advertencias el monarca napolitano que dirigió una desatinada carta á Luis Felipe, diciéndole que la experiencia le había enseñado que la política constitucional era fatal á los borbones.

Sin embargo, cuando se vió en Nápoles á la Revolución triunfante en Módena y Bolonia, y á la juventud liberal napolitana agitarse en el país, llegó á dudar Fernando II de la solidez de su trono, y escuchó los consejos de Intonti que le persuadieron

al fin de la conveniencia de convocar una Asamblea de notables y de organizar la milicia nacional.

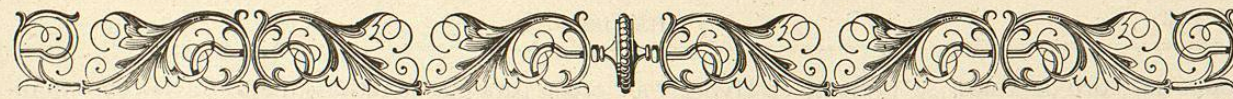
Cuando Metternich vió todo esto, dió á Lebzeltern las más terminantes órdenes para oponerse á toda concesión liberal, autorizándole para llegar hasta las amenazas y para ofrecer al rey Fernando el concurso de Austria para la represión. Fernando, viéndose seguro y fuerte, revocó las concesiones que había hecho y dió orden para que llevaran á la frontera á su primer ministro, á Intonti, dando su puesto á Carreto, el cruel destructor de Bosco.

Hé aquí, pues, en compendioso resumen lo que había pasado en Toscana, Piamonte y Nápoles.

Austria quedaba, por consiguiente, con las manos libres para aplastar de nuevo á la revolución italiana.



Brunswick: Enrique el León



## CAPITULO XLV

### EL PROCONSULADO RUSO EN GRECIA

Los hydriotas y los maínotas emprenden la lucha contra Kapodistrias.— Los Mauromichalis.

**N**O puede dudarse de que fué igualmente la revolución de Julio lo que decidió á los griegos á destruir la influencia y preponderancia rusa en Grecia.

Kapodistrias no había quedado satisfecho de la renuncia á la corona del príncipe Leopoldo porque con ello la oposición tenía ancho camino abierto para sus maquinaciones, y claro está que hombre de tan larga experiencia diplomática como la suya, comprendió que la revolución de Julio iba á aumentar sus dificultades.

En efecto, tan pronto se supo en Grecia lo ocurrido en París, los asuntos de Francia dieron de mano á los nacionales, pero sin lograr la efervescencia más que acalorar inútilmente los ánimos. Pero llegó de París Polyzoidis, joven thesaliano que creyó que la Grecia era libre y quiso fundar un diario liberal en Atenas y Kapodistrias le negó la autorización, dando con esto ocasión para que Korais hiciera sentir su vehemente elocuencia contra el procónsul ruso, y fué tal el efecto que causó, que ya desde este momento no se pudo dudar de que se preparaban grandes sucesos en Grecia.

En efecto, Francia y Rusia desde el advenimiento de Luis Felipe estaban reñidas. Los soldados y marineros franceses hasta aquí no habían hecho más que apoyar la política rusa, ahora por lo contrario,

conspiraban todos en Grecia contra Rusia, favoreciendo la difusión de las ideas liberales, en cuya tarea les secundaba Dawkins, bien conocido en España y en América, donde siempre estuvo del lado de los elementos revolucionarios.

Kapodistrias por efecto mismo de esta oposición se sentía atraído por el residente ruso que venía á ser todo un apoyo, su único apoyo, y esto mismo contribuía á hacer su gobierno odioso como si no fuera la cosa más natural del mundo.

Los hydriotas que orgullosos de su conducta creían que se les debía agradecer lo que habían hecho, no podían sufrir que se rebajase el mérito ni los servicios de su glorioso representante, de Miaoulis, esto mientras de un lado se empujaba á Kapodistrias contra la familia de Kontouriotis, y á menospreciar el fomento y protección de la marina griega que tan inmensos servicios había prestado.

Polyzoïdes, viendo que no podía publicar su diario en la capital, se fué á Nauplia á imprimir su *Apolo*,—Marzo de 1831,—que apareció como órgano de los primados griegos. Polyzoides desde luego se declaró por la forma constitucional y no se cansó un momento en presentar la conducta de Francia como lo que debían seguir los helenos para llegar á su completa emancipación.

Maurokordatos, atraído por el movimiento, aban-